

OSCAR WILDE

EL CRIMEN DE LORD
ARTHUR SAVILE

UNA REFLEXIÓN
SOBRE EL DEBER

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE JAVIER FERNÁNDEZ DE CASTRO

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Lord Arthur Savile's Crime*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2015 by Javier Fernández de Castro
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-16011-37-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 24 447-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Era la última recepción de lady Windermere antes de Pascua y Bentinck House estaba más concurrida que de costumbre. Seis ministros del gobierno habían acudido directamente, después de la intervención del *Speaker* en la Cámara de los Comunes, con sus bandas y condecoraciones y todas las mujeres atractivas lucían sus atuendos más elegantes; al fondo de la galería de retratos se encontraba la princesa Sophia de Carlsruhe, una dama de aspecto marcadamente tártaro, diminutos ojos negros y magníficas esmeraldas, que hablaba un mal francés con voz muy aguda y reía inmoderadamente cualquier cosa que le decían. Se trataba sin duda de una encantadora mezcla de personas: las elegantes esposas de los pares hablaban afablemente con violentos radicales, populares predicadores se las veían con eminentes escépticos y un puñado de obispos seguía de estancia en estancia a una exuberante prima donna; en la escalera se encontra-

ban varios miembros de la Real Academia disfrazados de artistas y se dice que en algún momento el comedor estuvo repleto de genios. Era, en suma, una de las mejores veladas de lady Windermere y la princesa se quedó hasta casi las once y media.

Tan pronto como se hubo marchado, lady Windermere regresó a la galería de retratos—donde un célebre economista político le explicaba solemnemente la teoría científica de la música a un indignado virtuoso húngaro—y se puso a hablar con la duquesa de Paisley. Lady Windermere estaba extraordinariamente hermosa: tenía el cuello estilizado y blanco como el marfil, los ojos grandes de un azul nomeolvides y unos largos bucles dorados. Eran *or pur*, pero no del pálido tono pajizo que en nuestros días usurpa el elegante apelativo de oro sino de un dorado como el que parece entrelazarse en los rayos de sol u ocultarse en el misterioso ámbar y enmarcaban su rostro en una especie de aureola de santidad en absoluto exenta del encanto de una pecadora. Era un curioso objeto de estudio psicológico. Muy pronto había descubierto la importan-

te verdad de que nada se parece tanto a la inocencia como la indiscreción, y mediante una serie de aventuras temerarias, la mitad de ellas inofensivas, había adquirido todas las ventajas de la personalidad. Había cambiado de marido más de una vez y, de hecho, la *Guía Debrett* le atribuía tres matrimonios, pero como jamás había cambiado de amante hacía tiempo que el mundo ya no comentaba sus escándalos. Contaba ahora cuarenta años, no tenía hijos y poseía la desmedida pasión por el placer que es el secreto de la eterna juventud.

De repente miró ansiosa en derredor y dijo con su diáfana voz de contralto:

—¿Dónde está mi quiromante?

—¿Su qué, Gladys?—dijo la duquesa con un estremecimiento involuntario.

—Mi quiromante, duquesa; ahora mismo no puedo vivir sin él.

—¡Usted siempre tan original, querida Gladys!—murmuró la duquesa tratando de recordar qué era en realidad un quiromante y confiando en que no fuera lo mismo que un pedicuro.

—Viene a leerme la mano regularmente dos ve-

ces por semana—prosiguió lady Windermere—, y es de lo más interesante.

«¡Cielo santo!—pensó la duquesa—. Así que a fin de cuentas sí que es una especie de pedicuro. Qué espanto. Espero al menos que sea extranjero, eso sería menos grave».

—Por cierto que debo presentárselo.

—¡¿Presentármelo?!—exclamó la duquesa—. No querrá decir que está aquí, ¿verdad?—y, como si se dispusiera a marcharse de inmediato, empezó a buscar un pequeño abanico de carey y un ajado chal de encaje.

—Naturalmente que está aquí, ni se me ocurriría dar una fiesta sin él. Me dice que tengo una mano puramente psíquica y que si mi pulgar hubiera sido un poquito más corto yo habría sido una inveterada pesimista y habría terminado en un convento.

—¡Ah, es eso!—dijo la duquesa sintiéndose muy aliviada—, así que dice la buenaventura.

—Y la mala también, por grande que sea—repuso lady Windermere—. El año que viene, por ejemplo, voy a correr un gran peligro en tierra o por mar, así que viviré en un globo y haré que me

suban la cena en una cesta todas las tardes. Todo eso está escrito en mi dedo meñique o en la palma de la mano, ya no recuerdo dónde.

—Pero Gladys, eso seguramente es tentar a la providencia.

—Mi querida duquesa, seguro que a estas alturas la providencia ya sabe resistir la tentación. Yo creo que todo el mundo debería hacerse leer la mano una vez al mes para saber lo que no debe hacer. Por supuesto que uno lo hace de todos modos, pero resulta delicioso estar advertido. En fin, si nadie va a buscar de inmediato al señor Podgers tendré que hacerlo yo misma.

—Permítame que vaya yo, lady Windermere —dijo un joven alto y distinguido que había estado escuchando la conversación con una sonrisa divertida.

—Muchas gracias, lord Arthur, pero me temo que no lo reconocerá usted.

—Si es tan maravilloso como usted dice, Lady Windermere, no podré equivocarme. Dígame qué aspecto tiene y se lo traigo al instante.

—Pues verá, no parece un quiromante. Quiero decir que no es misterioso, ni tiene un aspect-

to esotérico o romántico. Es un hombrecillo robusto con una curiosa calva y grandes lentes con montura dorada; más bien parece una mezcla de médico de familia y abogado de provincias. Lo siento mucho, pero no es culpa mía que la gente sea tan aburrida. Todos mis pianistas tienen aspecto de poetas y todos mis poetas parecen pianistas, y recuerdo que la temporada pasada invité a cenar a un terrible conspirador, un hombre que había hecho saltar por los aires a mucha gente y llevaba siempre una cota de malla y un puñal en la manga de la camisa; ¿quieren creer que cuando se presentó parecía un bondadoso clérigo y estuvo contando chistes toda la velada? Por supuesto era un hombre muy divertido y lo que quieran, pero me decepcionó mucho; y cuando le pregunté por su cota de malla se limitó a echarse a reír diciendo que era demasiado fría para llevarla en Inglaterra. ¡Ah, aquí viene el señor Podgers! Mire, Podgers, quiero que le lea la mano a la duquesa de Pailey. Duquesa, tendría que quitarse el guante... No, el de la izquierda no, el de la otra...

—Gladys, querida, no me parece del todo ade-

cuado...—dijo la duquesa desabotonando sin convicción un guante de cabritilla bastante ajado.

—Las cosas interesantes nunca son adecuadas—repuso Lady Windermere—. «*On a fait le monde ainsi*». Pero duquesa, permítame que le presente al señor Podgers, mi quiromante favorito. Señor Podgers, esta es la duquesa de Paisley, y como le diga que su monte lunar es más grande que el mío, nunca volveré a creer en usted.

—Estoy segura, Gladys, de que no hay nada de eso en mi mano—dijo la duquesa gravemente.

—Su excelencia tiene toda la razón—dijo el señor Podgers examinando la manita regordeta de dedos cortos y cuadrados—, el monte lunar no está desarrollado. En cambio, la línea de la vida es excelente. Sea tan amable de doblar la muñeca. Gracias. Tres líneas muy nítidas en el brazalete real..., vivirá usted hasta avanzada edad, duquesa, y será extremadamente feliz. Ambición, moderada; línea de la inteligencia, no exagerada; línea del corazón...

—¡Sea usted indiscreto en esto, señor Podgers!—exclamó lady Windermere.

—Nada me complacería más—dijo el señor

Podgers inclinándose—si la duquesa me diese ocasión para ello, pero lamento decir que veo unos afectos duraderos combinados con un poderoso sentido del deber.

—Le ruego que prosiga, señor Podgers—dijo la duquesa visiblemente complacida.

—La economía no es la última de sus virtudes, excelencia—prosiguió el señor Podgers mientras lady Windermere estallaba en carcajadas.

—La economía es una gran virtud—admitió satisfecha la duquesa—. Cuando me casé con Paisley tenía once castillos y ni una sola casa donde vivir.

—¡Y ahora tiene doce casas y ni un solo castillo!—exclamó lady Windermere.

—Pero querida—dijo la duquesa—, a mi me gusta...

—El confort—dijo el señor Dodgers—, y los adelantos modernos, y agua caliente en todos los dormitorios. Su excelencia tiene toda la razón. El confort es lo único que puede darnos nuestra civilización.

—Ha descrito usted admirablemente el carácter de la duquesa, señor Podgers, cuéntenos aho-

ra el de lady Flora—y en respuesta a un gesto con la cabeza de la sonriente anfitriona, una joven alta, de cabellos rubios como el whisky y con los omóplatos muy marcados salió de detrás del sofá, se acercó desmañadamente y tendió una mano larga y huesuda, de dedos espatulados.

—Ah, veo que es usted pianista—dijo el señor Podgers—, una excelente pianista, aunque me parece que está lejos de considerarse una intérprete. Muy reservada y honesta, y adora a los animales.

—¡Es cierto!—exclamó la duquesa volviéndose hacia lady Windermere—, ¡Absolutamente cierto! Flora tiene más de veinte perros pastores escoceses en Macloskie y si su padre se lo permitiera convertiría nuestra casa de campo en un zoo.

—Eso es exactamente lo que yo hago con mi casa los jueves por la tarde—dijo lady Windermere sonriente—. La diferencia es que yo prefiero los leones¹ a los pastores escoceses.

¹ Juego de palabras: en inglés la palabra *lion*, además de 'león', significa 'celebridad'. (N. del T.).